

Probablemente el haber inventado esta burda parodia, tuvo por origen lo que paso a relatar.

A poco de terminada la guerra de la Independencia colombiana, cuando estaba Bolívar en el cenit de su gloria y su grandeza, llegó el 12 de junio, día consagrado por la Iglesia Católica a la Santísima Trinidad.

Ese día era celebrado en Bogotá con enorme solemnidad y lujosa pompa; a la fiesta de la Catedral eran siempre invitados los altos personajes del Gobierno y, como es de rigor, el primer invitado fue el Libertador.

Había sido designado para el sermón en la catedral, a la cual asistió Bolívar, «un curita criollo—me dice el señor Trujillo Buendía, sin darme el nombre—, elocuentísimo y que tenía la propiedad de que una vez entrado en materia aumentaba su capacidad oratoria y era verdaderamente maravilloso».

Por uno u otro motivo—aunque no por darse pisto como otro caballero que también ocupó el solio—, al Libertador no le fue dable acudir oportunamente, y llegó a la puerta del templo cuando ya el orador se hallaba engolfado en lo más brillante del sermón y movilizando escuadrones de metáforas, batallones de frases y regimientos de sinécdoques.

El «curita criollo», en la seguridad de que cuando empezara su sermón ya estaría Bolívar en el templo, tenía preparados unos prolegómenos